

Las ocasiones perdidas en los barrios suburbanos

¿Para qué decir, hoy por hoy, lo que hay que hacer en los barrios llamados populares, en los barrios donde se relega a los inmigrantes de segunda generación? Tantos expertos han pasado ya para atenderlos, se han emitido tantas opiniones, se preconizaron tantas soluciones que ya no es necesario hacer más de lo mismo, emitir recomendaciones que caerán luego en el agujero negro de una acción pública a la que le cuesta revisar su modo de acción.

Junto a mi esposa he estado involucrado desde 1965 en la recepción de inmigrantes, con la organización de cursos de alfabetización. A fines de los '60 viví en Nanterre, en un barrio de la Logirep, filial de la Sonacotra administradora de hogares de trabajadores inmigrantes. En los años '70 me tocó dirigir los servicios de Infraestructura de la región de Valenciennes y luego la política de tierras del Estado a principios de los '80, momento en el que se instalaba la futura "política de la ciudad". Para el mismo ministerio fui luego responsable de las relaciones con el Magreb a mediados de la misma década y coordinador, a fines de los '90, de una reflexión internacional sobre la evolución de los barrios pobres y de la ciudad informal. Me invitaron más tarde a contribuir a la evaluación de la política de la ciudad en la región Île-de-France. Fui coordinador de la evaluación de la política de rehabilitación de los HLM (viviendas sociales) y autor, en esa misma época, del libro *Mission Possible*, en el que exploraba las nuevas figuras de la exclusión social. Así pues, la cuestión de la inmigración magrebí y saheliana atravesó en múltiples ocasiones mi vida privada, profesional y militante. Ahora bien, lo esencial de lo que pasa en la actualidad tiene sus raíces en un pasado de varias décadas. De allí el interés de saber si se podía prever y actuar desde ese entonces y, si se podía, por qué no se ha hecho.

Se sabía, pero no hubo voluntad de ver ni de actuar

Cada vez que hay una catástrofe social, política o financiera, la conclusión es la misma: se sabía, pero no hubo voluntad para ver ni para actuar. Por inercia, por pereza, por inconsciencia o porque hay que plantearse tantos cuestionamientos que se calcula que el remedio sería demasiado costoso (financiera o políticamente) como para justificarse en relación a lo que se ganaría.

Me gustaría retomar desde esas advertencias que he emitido a lo largo del tiempo. ¿Tenía yo dones de profeta? ¡Todo lo contrario! Voy a hablar de cosas que eran observables a simple vista, en el sentido estricto de la expresión, saltaban a la vista. Por ende lo asombroso no es que yo las haya visto sino que las instituciones, los responsables de la época, en su gran mayoría gente bien preparada -evitemos justificar nuestros fracasos alegando incompetencia, pues eso llevaría a imaginar que la cura es sencilla-, no las hayan visto, no hayan querido ver o actuar.

A fines de los años '60 mi esposa y yo trabajábamos junto a un pequeño equipo sobre la integración de los trabajadores extranjeros a Francia. En esa época, lo que se publicaba sobre el tema olía con frecuencia al marxismo dominante en el mundo intelectual. A partir de nuestros contactos cotidianos, nosotros nos habíamos interesado más bien por la manera en que esos inmigrantes eran recibidos e integrados a la sociedad francesa. Era el final de los Treinta Gloriosos y del pleno empleo, pero todavía no lo sabíamos. Al finalizar la Segunda Guerra, la Comisión de Planificación había tenido que responder a la pregunta esencial del momento: ¿cómo procurar mano de obra a una industria en plena expansión? Y la conclusión había sido que había que combinar las migraciones desde el campo francés, una entrada masiva de mujeres a la

vida profesional y la inmigración extranjera. Para esta inmigración, los años sesenta son un momento de gran cambio: se va dando un final muy progresivo de la inmigración intraeuropea, que hasta 1918 había ido cubriendo los huecos dejados por la “desnatalización” y la guerra y que había visto llegar por oleadas a belgas, polacos, italianos, españoles y, por último, portugueses y aumenta la migración procedente del sur del Mediterráneo, Magreb y luego África subsahariana. Ahora bien, ¿qué descubríamos nosotros, con sorpresa de jóvenes estudiantes? Que la política de inmigración, en particular la política de reagrupamiento familiar, no había sido modificada, mientras que el problema, por su parte, era de índole diferente por dos cosas : porque se abría de este modo un reservorio demográfico prácticamente sin fondo— cosa que no ocurría en los casos de los flujos precedentes— que hacía difícil de cerrar, una vez abierta, la tapa de las cadenas migratorias; porque la problemática de la integración se planteaba en nuevos términos, con la llegada de personas que no compartían ni nuestros códigos culturales, ni nuestra religión ni nuestra manera de vivir. Es cierto que en esa época los barrios pobres portugueses de Champigny y magrebíes de Nanterre parecían idénticos, pues se trataba de una misma respuesta a la crisis de la vivienda en la región parisina. La reabsorción de esa crisis y de los barrios pobres eran las preocupaciones principales de la época. Como mucho los barrios “de tránsito”, paso teórico entre las chabolas y las viviendas sociales, recibían el mandato de una vaga misión educativa, pero la imagen del “cordero degollado en la bañera” seguía siendo una figura retórica y un indicador de racismo más que una cuestión de fondo sobre el paso de un universo al otro. Quizás haya sido más grave aún, sin idealizar los barrios de chabolas y su precariedad, el hecho de que muchas reubicaciones de inmigrantes se hicieron en suburbios alejados -a veces ya casi el campo— rompiendo así los lazos de solidaridad de pueblo o de región, tan necesarios para enfrentar un mundo desconocido. Esa ya era la ilusión de que la integración debía lograrse mediante disolución. La diferencia de fecundidad entre las comunidades saltaba a la vista y su impacto escolar se hacía sentir. De eso tampoco se sacaban conclusiones. Los adolescentes todavía eran pocos, pero los pequeños crecerían. Serían franceses. Punto final. Cierren el telón. Todo esto lo hemos escrito en aquella época. ¿Pero para qué escuchar a jóvenes idealistas, preocupados por el recibimiento de los inmigrantes? Se sabía lo que había que hacerse y punto.

1972. Felices tiempos en los que el Ministerio de Infraestructura, encargado del planeamiento urbano, y el Ministerio de Educación cooperaban juntos para analizar, con el apoyo de la Comisión de Planificación, los problemas de atraso escolar en el departamento de Valenciennes. Tuve la suerte de dirigir esos estudios. Pudimos analizar de ese modo la trayectoria escolar de los 40.000 niños del departamento, escolarizados en la primaria y de los 6.000 adolescentes (14-15 años) en secundaria. Maravillosa ocasión para hacer un análisis multifactorial de las dificultades escolares. Dos hechos se hicieron perfectamente visibles. En primer lugar, a iguales condiciones en todas las demás áreas, los niños de familias numerosas tenían más dificultades en la escuela que los niños de familias reducidas; insisto: con todas las demás cosas en iguales condiciones. Las dos teorías a la moda, a la derecha la de los méritos y capacidades individuales, a la izquierda la de los determinismos sociales, se hacían trizas frente al estudio de la realidad. Luego, los niños de inmigrantes -no nos andábamos con rodeos y los identificábamos, *horresco referens*, por su nombre y apellido, sin preocuparnos por su nacionalidad- no eran iguales frente a la escuela. Los inmigrantes de origen europeo tenían resultados un poco mejores que los franceses de su mismo grupo social. Los niños de origen no europeo, esencialmente magrebí en el norte industrial de Francia, obtenían resultados peores. Y, sobre todo, a las hijas de inmigrantes les iba mucho mejor que a los muchachos. Teníamos entonces, claramente, un problema específico con los varones magrebíes en su relación a la escuela y, al salir, en su destino profesional. Repito: todo esto era absolutamente obvio y lo hemos sentado por escrito, letra por letra. ¿Qué lecciones se sacaron de ese estudio? Ninguna. He leído con sorpresa en los periódicos de estos últimos años que, tras sesudos estudios, se acaban de “descubrir” estos dos fenómenos. ¡Como si la explicación de la inadaptación de la respuesta escolar al nuevo contexto migratorio pudiera justificarse por una supuesta ignorancia! El tupido velo que luego se instaló en Francia sobre el tema de los orígenes

étnicos, puesto que se trataba de “pequeños franceses”, prohibió luego durante muchas décadas que se midiera la amplitud de este fenómeno que, sin embargo, todo el mundo conocía. Pero ya se sabe que lo que no se mide, no se administra.

¿Cómo levantar muros frente a toda innovación social?

Como responsable de los servicios de infraestructura de ese mismo departamento de Valenciennes, tuve que trabajar en los años '70 en las primeras operaciones de remodelación de los HLM (viviendas sociales). Se remodelaban, se aumentaba el costo del alquiler y se aumentaba por igual el subsidio a la vivienda para las familias pobres, mayoritarias en una región que la crisis industrial y el cierre de las minas empezaba a golpear con dureza. El absurdo del sistema me llamó rápidamente la atención. Había jóvenes desempleados tendidos en su cama mientras renovábamos la vivienda de sus padres. ¿No había algo mejor para hacer? La operación de remodelación de los inmuebles, ¿no era la ocasión para hacer participar a las familias en la renovación de su vivienda y brindarles una capacitación profesional? Imposible, me respondieron. ¿Cómo vamos a hacer cooperar a profesionales con principiantes? ¿Y quién sería responsable en caso de accidente de trabajo? etc, etc... Vemos así cómo se levantan muros frente a todo tipo de innovación social. El Estado providencia, hasta que su costo se volviera insostenible, estaba en modo piloto automático.

Avancemos algunos años. A comienzos de los años '90 yo estaba encargado del seguimiento de las empresas francesas que intervenían en masa en Argelia, en razón de los acuerdos sectoriales firmados por ambos países. A cambio de la reevaluación del precio del gas argelino -el “precio justo” de las materias primas, que nunca logré entender cómo se determinaba-, que formaba parte de las 101 propuestas de François Mitterrand, y de manera bastante innovadora, los dos países habían decidido reevaluar en debida proporción sus intercambios económicos. Un amplio programa de construcción de viviendas por empresas francesas se había lanzado en Argelia. Frente a esto surgía inmediatamente una idea: aprovechar para capacitar un poco más a los obreros de la construcción argelinos radicados en Francia. Las cosas ya habían avanzado y Francia había implementado una política de ayuda al regreso. Ya tenía mi objetivo principal! Pero también sabía que para las familias instaladas en Francia los vínculos con el país de origen se habían distendido y que regresar representaba un riesgo para ellas. Propuse entonces un mecanismo de regreso a prueba. De ninguna manera, me respondieron. El que se fue a Sevilla perdió su silla. El que se va pierde su tarjeta de residencia. Otra ocasión que nos hemos perdido.

Los principios de Caracas

En 1991 pasé a dirigir una fundación internacional, la Fundación Charles Léopold Mayer para el progreso del hombre (fph). Una de las preguntas que más frecuentemente se planteaban en ese entonces era la evolución de los barrios pobres de las ciudades del mundo. Barrios sociales de suburbios lejanos en nuestros países, ciudades informales en todos sus estados en el Sur: *kampungs* indonesios, chabolas camerunesas, *favelas* brasileras, *barrios* venezolanos. ¿Cuáles son las condiciones para que el poder público esté a la altura de poder responder positivamente a esa necesidad de evolución, de una manera que no sea mediante una política de demolición, de desaparición simbólica de los pobres del espacio urbano (simbolismo del que los pobres son bien conscientes). Sobre ese tema organizamos junto al gobierno venezolano una reflexión internacional, reuniendo a responsables de estos temas en diferentes países. No hizo falta más de un día de intercambios para que las conclusiones se impusieran: las condiciones de éxito de las políticas públicas son idénticas en todas partes. Obedecen a seis principios (“los principios de Caracas”):

1. aprender a reconocer, fortalecer, estimular las dinámicas de los barrios, a menudo informales, a veces desviantes pero siempre germen de un desarrollo endógeno. Se trata de dinámicas que poco tienen que ver con la enumeración de las asociaciones declaradas a las que muy a menudo se las reduce;

2. reconocer a los habitantes un “derecho a habitar” que incluya la posibilidad para la segunda generación, si lo desea, de ubicarse a proximidad, para no quebrar unas raíces que aún son frágiles;
3. lograr que aparezca la palabra de los habitantes y promover otras relaciones entre poderes públicos y ciudadanos, reconociendo la profunda diversidad interna de barrios que suelen ser tratados como un todo;
4. reformar la acción pública, territorializarla para que los habitantes de esos barrios se encuentren frente a personas capaces de dialogar con ellos sobre todos sus problemas;
5. articular los ritmos administrativos y políticos con los ritmos sociales, cuando en reglas generales suelen estar disociados;
6. implementar dispositivos de financiación que permitan a la población y a los poderes públicos combinar sus medios y sus esfuerzos.

Elemental, mi querido Watson! Elemental pero tan difícil de poner en práctica sin una voluntad sólida y a largo plazo de los poderes públicos para transformarse. Pensemos solamente en lo que implica el principio número 5. Los habitantes, y sobre todo los jóvenes, tienen dos horizontes: el muy corto plazo, el de la urgencia, los entusiasmos, la informalidad...y el muy largo plazo, inscribirse dentro de una sociedad. Los ritmos administrativos y políticos se quedan entre los dos: presupuestos anuales (“prepare su solicitud de financiamiento y la analizaremos para el presupuesto del año próximo”) y mandatos. Si imaginamos que son los ritmos sociales los que se adaptarán a los ritmos administrativos y políticos, puede que esperemos un largo rato... A principios de los años noventa, cuando la “política de la ciudad” estaba en pleno apogeo, cuando muchas municipalidades reclutaban “jefes de proyectos barriales”, la declaración de Caracas tuvo su reconocimiento y a menudo me han invitado a presentarla. Pero mis interlocutores, rápidamente convencidos de la pertinencia de estos principios, eran generalmente marginales dentro de las estructuras locales, con contratos a corto plazo y pocos contactos dentro del gran aparato del Estado. Sólo podían constatar la falta de adecuación de las estructuras institucionales y financieras en relación a esos principios. Una vez más, se pretendía hacer frente a una situación profundamente nueva sin cambiar nada de las rutinas administrativas. Tuve confirmación de ello poco tiempo después al participar de la evaluación de dicha política de la ciudad en la región de Île-de-France: el perfil psicológico y social de los jóvenes encargados del proyecto se parecía hasta el punto de confundirlos con el de los jóvenes cooperantes que había conocido en África. ¡Y con razón! En pocos años algunos barrios de nuestras ciudades se nos habían vuelto más extranjeros que unos pueblos remotos.

El derecho aísla, los deberes integran

En 1993 publiqué *Mission possible*. El libro contenía un capítulo con un título provocador, “¿los ricos todavía necesitan a los pobres?”. Quería decir con esto que las nuevas formas de pobreza o de exclusión eran irreductibles a la explicación de moda que hablaba de las relaciones de explotación. Pues, a mi juicio, la explotación todavía sigue siendo una relación, mientras que la indiferencia mutua deja de serlo. E insistía sobre la aporía de una integración social a través de la multiplicación de derechos, de los que además no hay como garantizar la efectividad. Tenía una frase que decía: el derecho aísla, los deberes integran. Sé que no es muy políticamente correcto todo esto. Y deducía de ahí que los jóvenes se inclinarían hacia quienes los integraran en el marco de lealtades estrictas, las bandas, la religión. Lamentablemente, el tiempo me viene dando más bien la razón.

En 1994, el ministerio de la Vivienda me pidió que condujera la evaluación de la política de renovación de las viviendas sociales. Nueva aventura apasionante. Creé diez grupos de trabajo en diez aglomeraciones, reuniendo a todos los actores. Una vez más, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre el diagnóstico: la intervención en los barrios, financieramente pesada, se concentraba en la mejora de los edificios y la aislación térmica. Por supuesto que se trata de una cuestión respetable, pero sin gran relación con las prioridades de la población, que eran más bien

el tema de los jóvenes y el empleo. Era tan grande el desfase que cuando los funcionarios del parque social describían de buena fe todos los esfuerzos hechos para concertarse con la población, ésta preguntaba a veces, y también de buena fe: ¿qué concertación? Y al igual que diez años antes, seguía siendo descartada la idea de combinar los esfuerzos de los habitantes con los de los poderes públicos, como hemos visto hacerlo sin embargo para las juntas vecinales. Esas operaciones se hacían para reducir los gastos de calefacción y relanzar el empleo en el ámbito de la construcción, no para buscar la pertinencia social de la intervención pública. Hemos demostrado que el éxito de las operaciones dependía menos de su contenido que del proceso participativo precedente a su concepción. Propuse entonces al ministro que ése fuera el primer criterio de selección de las operaciones a financiar. Respuesta de los prefectos: prioridad a las operaciones administrativamente listas, que es lo que permite “ejecutar” el presupuesto rápidamente y alcanzar los objetivos cuantitativos gubernamentales. Fuera la evaluación. Tiré la toalla.

En los años 2000, los estudios se multiplicaron. La cuestión de la escuela volvió a estar en primer plano. Recuerdo la interesante investigación de una joven socióloga que mostraba el vacío identitario de los jóvenes provenientes de nuestras antiguas colonias. Ni la escuela ni la familia les ha contado su propia historia ni les ha dado una explicación política de su marginalización. En cuanto al Islam, su transmisión ha sido dejada en manos de los emisarios del wahabismo saudita. Ya sabemos cómo sigue la historia. Quizás todavía no sea demasiado tarde para poner en práctica los principios de Caracas. No podemos reescribir la historia, pero conocerla puede tal vez ayudar a encontrar nuevas respuestas.

Pierre Calame
Ex funcionario de Infraestructura
Presidente honorario de la Fundación Charles Léopold Mayer

Para profundizar:

Paulette et Pierre Calame, *Les travailleurs étrangers en France*, Éditions ouvrières, 1969

Pierre Calame, *Mission Possible*, 1993, réédition ECLM, 2003

Muchos libros del mismo autor están disponibles para su descarga en el sitio de las Ediciones Charles Léopold Mayer: <http://apps.eclm.fr/Scrutari?q=calame>

La réhabilitation des quartiers dégradés. Déclaration de Caracas, Coll., ECLM, 1992

Malika MANSOURI, *Révoltes intimes et collectives : Les adolescents français, descendants d'ex-colonisés algériens, dans les "émeutes" de 2005*, Université Paris 13